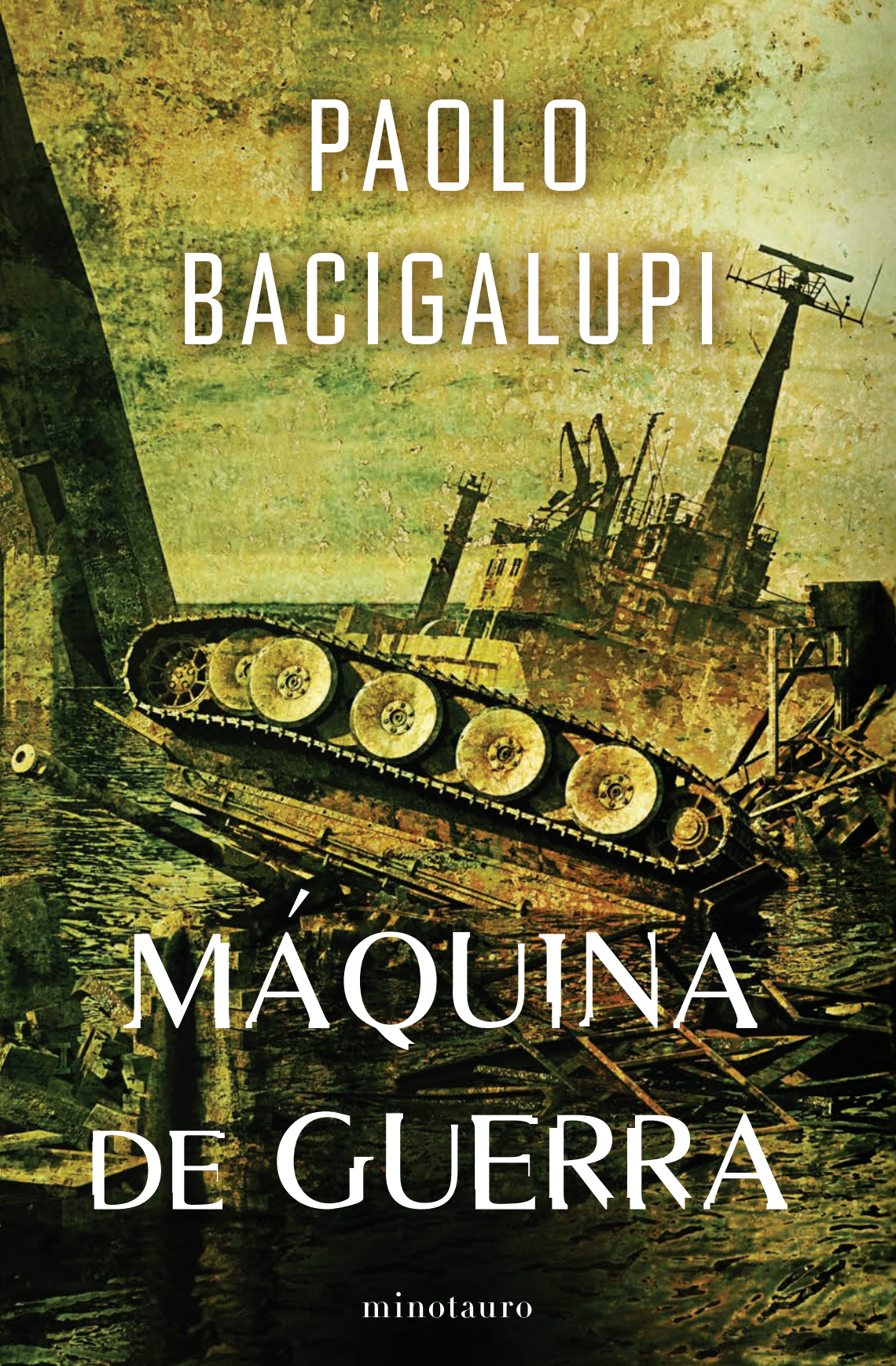




PAOLO
BACIGALUPI

MÁQUINA
DE GUERRA

minotauro

PAOLO BACIGALUPI

MÁQUINA DE GUERRA

minotauro

Ship breaker. Máquina de guerra

Título original: *Ship breaker. Tool of war*

Copyright © 2017, Paolo Bacigalupi

Published in agreement with the author, c/o BAROR INTERNATIONAL, INC.,
Armonk, New York, U.S.A.

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

Copyright © 2024 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

Diseño de cubierta: Cover Kitchen

Revisión: Balloon Comunicación

Traducción: © Ariadna Cruz, 2024

ISBN: 978-84-450-1838-5

Depósito legal: B. 11.722-2024

Printed in EU / Impreso en UE

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

1

El dron sobrevolaba los restos de la guerra.

Una semana antes, no había estado allí. Una semana antes, las Ciudades Sumergidas no habían sido dignas de mención, menos aún de la presencia de drones dedicados a su vigilancia.

ZY, a pesar de todo ello, ahora un dron de vigilancia clase Raptor sobrevolaba la zona.

Suspendido en el aire gracias a las húmedas corrientes térmicas, el dron inspeccionaba las selvas salobres y las costas erosionadas. Volaba en círculos con las alas extendidas para atrapar los vientos cálidos del Atlántico. Sus cámaras recorrían los pantanos plagados de enredaderas de kudzu y los estanques verde esmeralda infestados de mosquitos. Su vista se detenía en los monumentos de mármol, en los picos, las cúpulas y las columnas desplomadas, en los huesos destrozados de la grandeza de la ciudad.

Los primeros informes habían sido desestimados, calificados como simples relatos de refugiados turbados por la guerra: un monstruo que conducía a un ejército de niños soldado a la victoria una y otra vez; una bestia inmune a las balas que despedazaba a sus enemigos; una imponente criatura salvaje que exigía un tributo interminable de cráneos enemigos...

Al principio, nadie lo había creído.

Pero poco después, varias imágenes borrosas obtenidas por satélite habían mostrado edificios en llamas y tropas en

movimiento, corroborando así hasta los relatos más rocambolescos. Y así fue como el dron acudió en su búsqueda.

El buitre electrónico volaba, altivo y perezoso, con el vientre repleto de cámaras, sensores térmicos, micrófonos láser y equipos de interceptación de comunicaciones por radio.

Fotografiaba los restos históricos y a sus bárbaros habitantes. Escuchaba a escondidas las transmisiones de radio, analizaba los movimientos de las tropas y los patrones de las explosiones. Rastreaba las líneas de fuego y grababa en vídeo el desmembramiento de soldados enemigos.

Y, muy lejos de allí, al otro lado del continente, la información recopilada por el Raptor llegaba a manos de sus dueños.

Allí, un enorme dirigible flotaba con majestuosidad sobre el océano Pacífico. El nombre que lucía en su costado era tan grandioso como la propia nave de guerra: Annapurna.

Aunque una cuarta parte del planeta separaba al dirigible de mando del Raptor espía, la información llegó en un abrir y cerrar de ojos e hizo saltar las alarmas.

—¡General!

La analista se apartó de las pantallas de control mientras pestañeaba y se secaba el sudor de la frente. El Centro de Inteligencia Estratégica Global de la Compañía Mercier estaba caldeado y atestado de equipos informáticos y de otros analistas que trabajaban hombro con hombro sentados en sus estaciones de trabajo, enfrascados en sus propias operaciones. El murmullo de sus actividades inundaba la sala, unido al zumbido laborioso de los ventiladores que se afanaban por enfriar el lugar. El Annapurna anteponía la optimización del espacio y la maximización de ojos y oídos a la comodidad, así que allí todos sudaban y ninguno se quejaba.

—¡General! —volvió a decir la analista.

En un primer momento, le había molestado que le hubieran asignado aquella misión inane: un ejercicio de trabajo improductivo mientras sus compañeros analistas de inteligencia frustraban revoluciones, erradicaban insurgentes y combatían la especulación de precios en los mercados del litio y el cobalto. Se habían burlado de su tarea en el comedor,

en los barracones y hasta en las duchas, hostigándola por no contribuir a los resultados y recordándole que su bonificación trimestral de ganancias se vería reducida a cero por no haber reportado beneficios a la empresa.

En privado, no había podido evitar estar de acuerdo con todos ellos.

Hasta ahora.

—¡General Caroa! Creo que tengo algo.

El hombre que respondió a su llamada era alto y vestía el uniforme azul de la compañía impecablemente planchado. En su pecho relucían varias hileras de medallas que marcaban su cruento ascenso en el escalafón militar de Mercier. Llevaba el pelo rubio blanquecino rapado, hábito de toda una vida de disciplina, pero la pulcritud de su aspecto personal se veía empañada por la apariencia de su rostro: un amasijo desaliñado de cicatrices rosadas, hoyuelos y surcos fruncidos que evidenciaban lo mucho que se habían esforzado los cirujanos de batalla por mantener intactas sus facciones pálidas.

Aunqu su faz carecía de delicadeza, al menos estaba casi entera.

El general se inclinó sobre el hombro de la analista.

—¿Qué tenemos?

La joven tragó saliva, enervada por la mirada gélida del hombre.

—Es el aumentado —respondió—. El que usted señaló.

—¿Estás segura?

—La coincidencia física es casi exacta. —Le mostró la transmisión en directo del dron. Un rostro bestial ocupó la pantalla—. Tiene que ser él.

La imagen estaba pixelada, pero, teniendo en cuenta el ángulo y la distancia a la que se encontraban, el simple hecho de que pudieran ver al monstruo era una proeza tecnológica. Visto lo visto, bien podrían haber fotografiado al aumentado a una distancia de seis metros: un monstruo de algo más de dos metros de altura y gran musculatura. Una combinación de ADN canino y humano, de tigre y de hiena. Un terror en combate, un ser brutal con garras y colmillos.

—Volvemos a encontrarnos, viejo amigo —murmuró el general.

Uno de los ojos de la criatura estaba cubierto de tejido cicatrizal. Tenía los brazos y la cara llenos de viejas heridas que le conferían un aspecto amenazante, la imagen de alguien que había luchado y atravesado el mismísimo infierno y había salido victorioso en el otro lado.

—También tengo parte del código de diseño —dijo la analista mientras le mostraba una imagen ampliada de la oreja del aumentado: filas de números tatuados—. ¿Este es el que buscaba? ¿Coincide?

El hombre se quedó mirando la pantalla. Sin darse cuenta, se había llevado la mano a la cara y había empezado a pasar los dedos sobre una cicatriz fruncida que le nacía en la mandíbula y le bajaba por el cuello. Tenía la piel cubierta de surcos y marcas donde antes había habido carne, como si su cabeza hubiera quedado atrapada en las fauces de un animal monstruoso y salvaje.

—¿Señor? —insistió la chica—. Este es el objetivo, ¿verdad?

El general le dirigió una mirada amarga. En la insignia de su uniforme se leía «JONES, ARIAL». Ninguna medalla. Sin experiencia. Joven. Otra recluta prometedora, captada por las fuerzas de seguridad de Mercier, gracias a las pruebas de aptitud que la empresa ofrecía en sus territorios protectorados. Mostraba una gran determinación, fruto del infierno del que debía de haber salido para unirse a Mercier, pero no conocía la verdadera batalla. No como él. No como la criatura que examinaban en la pantalla. Era lógico que estuviera entusiasmada, nunca había estado en la guerra.

—Ese es —confirmó el general Caroa—. Ese es nuestro objetivo.

—Parece un hueso duro de roer.

—Uno de los más duros —convino Caroa—. ¿De qué activos disponemos?

Jones comprobó sus pantallas de estado.

—Podemos desplegar dos Raptor de ataque en veinte minutos —dijo—. Enviarlos desde el Karakórum en el Atlántico

—añadió con una sonrisa—. Los Havoc los lanzaremos a su orden, señor.

—¿Tiempo hasta el objetivo?

—Seis horas.

—Muy bien, Jones. Avísame cuando los Raptor estén en posición.

2

Tool aguzó el oído para rastrear los disparos lejanos, el reconfortante e incesante parloteo de las Ciudades Sumergidas.

Era un lenguaje políglota, pero Tool entendía todas sus voces. Las exclamaciones traqueteantes de los AK-47 y los M16. El rugido contundente de las escopetas de calibres 12 y 10. El chasquido autoritario de los rifles de caza .30-06 y el crujido de las carabinas .22. Y, por supuesto, por encima de todo ello, el chillido penetrante de las 999, la voz que ponía fin a las demás frases de combate con sus puntuaciones atronadoras.

Era una conversación cotidiana que fluía de un lado a otro —pregunta y respuesta, insulto y réplica—, pero en el transcurso de las últimas semanas la conversación había cambiado. En las Ciudades Sumergidas se había empezado a hablar el lenguaje de Tool cada vez con más frecuencia. El dialecto de las balas de sus tropas, la jerga de combate de su manada.

Aunque la guerra seguía su curso, ahora las voces se fundían en un único y armonioso aullido triunfal.

Naturalmente, también había otros sonidos, y Tool los oía todos. Incluso desde el atrio de su palacio, alejado del frente de batalla, podía seguir el progreso de su guerra. Sus grandes orejas eran mejores que las de un perro, siempre aguzadas, abiertas y perceptivas, revelándole detalles que los oídos humanos eran incapaces de detectar, al igual que el resto de sus sentidos aumentados, que captaban mucho más de lo que nunca podrían captar los sentidos humanos.

Sabía dónde se encontraban sus soldados. Olía su individualidad. Percibía sus movimientos por la forma en que las corrientes de aire se desplazaban por su pelaje y su piel. Podía verlos en la oscuridad, gracias a unos ojos dotados de una agudeza visual que superaba a la de un gato en la noche más negra.

Los seres humanos a los que dirigía eran incapaces de ver y oír la mayoría de las cosas, pero aun así los guiaba e intentaba convertirlos en seres de provecho. Había ayudado a sus niños humanos a ver, a oler y a escuchar. Los había enseñado a aunar sus ojos, sus oídos y sus armas para luchar como Colmillos, Garras y Puños. Unidades. Pelotones. Compañías. Batallones.

Un ejército.

A través de la brecha de la cúpula agrietada de su palacio, Tool podía ver cómo los vientres de las nubes de tormenta se teñían de naranja a medida que las llamas se propagaban, fruto del último intento desesperado del Ejército de Dios, que había creado una línea de batalla de autodestrucción para intentar detener el avance de sus tropas.

Los truenos retumbaban y los relámpagos iluminaban las nubes. Se avecinaba un huracán, el segundo en apenas dos semanas, pero no arreciaría a tiempo para salvar al Ejército de Dios.

Tool oyó el golpeteo de unos pasos que se dirigían hacia él por los pasillos de mármol. El renqueo y el rasguído de su marcha irregular le indicaron que se trataba de Stub. Tool había nombrado al chico comandante porque era tenaz, astuto e inteligente y había tenido la valentía necesaria para tomar las barricadas de la calle K.

Koolkat había liderado la carga cuando el Ejército de Dios había amenazado con abrirse paso y destruir su entonces frágil esperanza, y había muerto por ello. Stub, que había estado a su lado, había perdido un pie por culpa de una mina, pero se había hecho un torniquete y había seguido avanzando, alentando a sus compañeros a seguir luchando, incluso después de haber perdido a su oficial al mando. Feroz, dedicado y valiente.

Sí, era Stub. Su olor y la cadencia de su cojera eran los correctos, pero iba acompañado de otro olor: sangre fresca coagulada, el aroma a hierro que delataba la nueva carroña.

Stub traía un mensaje.

Tool cerró su único ojo bueno y respiró hondo, disfrutando de la fragancia y de aquel momento: el olor penetrante de la pólvora, el rugido y el calor sofocante de la tormenta que se avecinaba, el fuerte olor a ozono de los relámpagos al calentar el aire. Respiró hondo, intentando grabar en su mente el momento del triunfo.

Muchos de sus recuerdos estaban fragmentados, perdidos en un mar de guerras y violencia. Su historia era una maraña caleidoscópica de imágenes, olores y emociones turbulentas, explosiones dispersas de alegría y terror, muchas de ellas bloqueadas e inaccesibles ahora. Pero, por una vez, por una sola vez, quería conservar hasta el último detalle de aquel momento en su mente para siempre. Saborearlo, olerlo y escucharlo. Dejar que lo llenara por completo, que le recorriera la columna vertebral y lo encumbrara. Que llenara sus músculos de poder.

«Triunfo».

El palacio en el que se encontraba estaba en ruinas. Antaño había sido grandioso, una estructura con suelos de mármol, columnas majestuosas, pinturas al óleo antiguas y magistrales, una rotonda elegante. Ahora se hallaba bajo una cúpula destrozada, junto a un muro bombardeado que le permitía contemplar la ciudad por la que había luchado. Podía ver incluso el océano, que chapoteaba en la escalinata de la entrada. La lluvia salpicaba y formaba charcos pequeños y resbaladizos en el suelo. Las antorchas chisporroteaban a causa de la humedad, alumbrando las inmediaciones de los humanos para que pudieran divisar los contornos borrosos de cosas que Tool era capaz de ver sin ayuda alguna.

Una ruina trágica y un escenario triunfal a la vez. Stub aguardó respetuosamente.

—Traes noticias —afirmó Tool sin volverse.

—Sí, señor. Están acabados. El Ejército de Dios... Hemos acabado con ellos.

Tool aguzó el oído.

—¿Por qué sigo oyendo disparos?

—Estamos haciendo un último barrido —respondió el chico—. No se han dado cuenta de que han perdido. Son estúpidos, pero tenaces.

—¿Crees de verdad que están derrotados?

Stub dejó escapar una risita.

—Bueno, Perkins y Mitali te han enviado esto.

Tool se volvió. El chico sostuvo en alto lo que llevaba en la mano.

La cabeza cercenada del general Sachs miraba vacía a su alrededor, desamparada sin su cuerpo. El último caudillo de las Ciudades Sumergidas. La expresión helada del hombre estaba a medio camino entre el asombro y el horror. La cruz verde de protección que se había pintado en la frente estaba emborronada de sangre.

—Ah. —El híbrido cogió la cabeza y la sopesó en la palma de la mano—. Parece que su Dios único y verdadero no pudo salvarlo. Resulta que no era el profeta salvador que tanto esperaba.

Era una pena no haber estado presente al final. Haber perdido la oportunidad de arrancarle el corazón del pecho y devorarlo después. De obtener sustento de su enemigo. Incluso ahora, el impulso seguía ahí. Pero la gloria de matar era un privilegio reservado a las Garras. Ahora era un general que enviaba a sus Puños, Garras y Colmillos a la batalla como en su día lo habían enviado a él, por lo que había dejado de disfrutar del subidón de adrenalina del combate, de saborear la sangre caliente de sus víctimas mientras corría alegremente entre sus fauces...

Tool suspiró con pesar.

«No te corresponde a ti asestar el golpe mortal».

Aun así, experimentó cierto placer al mirar al general a los ojos y aceptar su rendición.

—«Contra natura», creo que decías de mí —musitó Tool—. «Una abominación». —Sostuvo la cabeza en alto y clavó la mirada en los ojos horrorizados y sin vida de Sachs—. «El Frankenstein de retales que no aguantaría». —Y, por supuesto—: «Una blasfemia».

El híbrido mostró los dientes, complacido. Aquel hombre había vivido en la negación hasta el final, creyéndose un hijo de Dios, hecho a su imagen y semejanza, protegido divinamente de seres como Tool.

—Parece que su Dios único y verdadero prefirió la blasfemia.

Incluso ahora, creyó vislumbrar un atisbo de negación en los ojos del general muerto. La rabieta plañidera por la injusticia de verse obligado a luchar contra una criatura que había sido diseñada para ser más rápida, más inteligente y más tenaz que él, un pobre caudillo humano que se creía bendecido.

En su simpleza, el hombre había sido incapaz de comprender que Tool había sido concebido para un ecosistema de matanza. Los dioses del híbrido habían estado mucho más interesados en la guerra moderna que el objeto de culto de aquel triste hombre. Así funcionaban la evolución y la competencia. Una especie reemplazaba a otra en un abrir y cerrar de ojos. Una evolucionaba, la otra se extinguía.

Sin embargo, el concepto de evolución nunca había sido el punto fuerte del general.

«Algunas especies están destinadas a perder».

Un fuerte estampido sacudió el aire. La 999 de Tool. Los cimientos del palacio temblaron.

La ciudad se sumió en el silencio.

Y así permaneció.

Stub miró sorprendido a su general. Tool entornó las orejas, atento. Nada. Ningún disparo. Ni lanzamientos de morteros. El híbrido aguzó sus sentidos. Con la llegada de la tormenta, una sensación de anticipación eléctrica impregnaba el aire, como si esperara que la violencia se reanudara de un momento a otro. Sin embargo, las Ciudades Sumergidas se mantuvieron en silencio.

—Se ha acabado —murmuró Stub asombrado. Su voz cobró fuerza al añadir—: Las Ciudades Sumergidas son tuyas, general.

Tool sonrió al chico con afecto.

—Siempre lo fueron.

A su alrededor, los jóvenes que conformaban el personal de mando de Tool habían abandonado sus tareas, algunos de ellos a medias. Ellos también escuchaban con atención, anticipando una nueva oleada de violencia y, sin embargo, lo único que oían era la paz que reinaba en el exterior.

Paz. En las Ciudades Sumergidas.

Tool respiró hondo, saboreando el momento y luego se detuvo, frunciendo el ceño. Por extraño que pareciera, sus tropas no olían a victoria, sino a miedo.

Miró a Stub con detenimiento.

—¿Qué ocurre, soldado?

El chico vaciló.

—¿Y ahora qué, general?

Tool parpadeó.

«¿Y ahora qué?».

El híbrido comprendió el problema en un instante. Bastaba con echar un vistazo a su personal de mando, a sus mejores soldados, los más inteligentes, la élite, para verlo. Su olor y la expresión de sus rostros lo decían todo. Stub, el valiente que había luchado incluso después de que le destrozaran la pierna; Sasha, el guantelete de sus Puños, capaz de asustar hasta al más frío de los nuevos reclutas; Alley-O, tan hábil en el ajedrez que Tool lo había reclutado para su unidad de mando central; Mog y Mote, los gemelos rubios que lideraban las Garras Relámpago, intrépidos y aguerridos, con un don para la improvisación bajo fuego enemigo.

Esos jóvenes humanos eran lo bastante inteligentes como para conocer la diferencia entre el riesgo calculado y la temeridad disparatada y, sin embargo, aún les faltaban varios años para cumplir la veintena. Algunos de ellos apenas tenían pelusilla en la cara. Alley-O no tenía más de doce años...

«Son niños».

Los caudillos de las Ciudades Sumergidas siempre habían valorado la maleabilidad de la juventud. La lealtad salvaje era una afectación propia de los niños; su afán por tener

objetivos bien definidos era fácil de moldear. Todos los soldados de las Ciudades Sumergidas habían sido reclutados jóvenes, se les había lavado el cerebro a una edad muy temprana y se les habían inculcado ideologías y verdades absolutas que no requerían matices ni perspectivas. Lo correcto y lo incorrecto. Traidores y patriotas. El bien y el mal. Invasores y nativos. Honor y lealtad.

Rectitud.

Una rectitud ardiente que era fácilmente cultivable en los jóvenes, una realidad que los convertía en armas excelentes. En herramientas perfectas para matar fanáticos, afiladas hasta el límite por la simplicidad de su comprensión del mundo.

Obedientes hasta el final.

El propio Tool había sido concebido por científicos militares con esa misma clase de lealtad servil en mente, imbuido con el ADN de especies serviles, sometido a una obediencia ciega mediante un riguroso control genético y un adiestramiento implacable. Así y todo, a juzgar por su experiencia, los jóvenes humanos eran mucho más maleables. Incluso más obedientes que los perros. Por eso, cuando se sabían libres, se asustaban.

«¿Y ahora qué?».

Tool miró con el ceño fruncido la cabeza cercenada del general Sachs, que aún tenía en la mano. ¿Qué hacía una espada cuando todos sus oponentes habían sido decapitados? ¿De qué servía una pistola cuando ya no quedaba ningún enemigo al que dispararle a la cara? ¿Qué utilidad tenía un soldado cuando no había guerra?

Le devolvió el trofeo ensangrentado a Stub.

—Ponla con las demás.

El chico acunó la cabeza con cuidado.

—¿Y luego?

Tool quiso aullarle en la cara: «¡Crea tu propio camino! ¡Construye tu propio camino! Tu especie me hizo a mí, ¿por qué debería hacerte yo a ti?».

Pero era un pensamiento cruel. Eran así. Los habían entrenado para obedecer y, por eso, habían perdido su camino.

—Reconstruiremos —dijo finalmente.

Los rostros de los niños soldado se llenaron de alivio. Una vez más, volvían a estar a salvo de la incertidumbre. Su Dios de la Guerra estaba preparado incluso para el reto aterrador que traía consigo la paz.

—Corred la voz entre las tropas. Nuestra nueva tarea es reconstruir. —La voz de Tool cobró fuerza—: Ahora las Ciudades Sumergidas me pertenecen. Son mi... reino. Y, como tal, lo haré florecer. Lo haremos florecer. Ahora esa es nuestra misión.

Mientras lo decía, se preguntó si sería posible. Podía desgarrar la carne de sus enemigos con sus propias garras, podía masacrar multitudes con un arma, podía triturar huesos con los dientes. Con un puñado de aumentados, podía incluso invadir un país, aparecer en una costa extranjera para regarla de sangre y muerte y salir victorioso, pero... ¿podía librar una guerra de paz?

Qué podía hacer en una guerra en la que nadie moría y en la que las victorias se medían según el número de barrigas llenas, fuegos calientes y...

«¿Las cosechas de las granjas?».

Tool frunció los labios y enseñó los dientes de tigre mientras dejaba escapar un gruñido disgustado.

Stub retrocedió con premura. Tool intentó controlar su expresión. Matar era fácil. Cualquier niño podía convertirse en un asesino. A veces, los más estúpidos resultaban ser los mejores, porque no comprendían el peligro que entrañaba.

¿Pero la agricultura? ¿El cultivo paciente de la tierra? ¿La labranza del terreno? ¿La siembra de semillas? ¿Dónde estaban las personas que sabían de esas cosas? ¿Dónde estaban las personas que sabían cómo acometer labores pacientes y silenciosas como esas?

Estaban muertas. O habían huido. Los más inteligentes se habían ido hacía mucho tiempo.

Necesitaría otro tipo de personal al mando. Tendría que hallar la forma de traer entrenadores. Expertos. Un puñado de humanos que supieran cómo sembrar vida en lugar de muerte.

Tool aguzó el oído.

El plácido y pacífico silencio en el que se habían sumido las Ciudades Sumergidas dio paso a un nuevo sonido. Un silbido lejano, en las alturas. Un sonido aterrador que apenas recordaba...

«Familiar».